

El hombre llama al hombre

De Deodato Salafia

La antropología se ocupa del estudio del hombre y la relación que tiene consigo mismo, y del modo con el que elige transformarse y verse en concreto. Si tuviera que pensar en lo opuesto a la antropología, tendría que pensar necesariamente en lo que está más lejos de esta definición; por lo tanto, no podría por menos que pensar en el gnosticismo que, por el contrario, intenta trascender al hombre en cuanto subproducto de un mundo de ángeles perfectos, caídos; al contrario de la antropología, que se ocupa del hombre aquí y ahora, el gnosticismo se interesa por la realidad primera y última del ser, y ve al hombre como temporalmente atrapado en el mundo físico propiamente dicho. José Molina es ciertamente un antropólogo, no abandona nunca el razonar sobre el hombre. Toda obra suya dice algo de un hombre que hace una elección y, en concreto, una elección que lo condiciona no de un modo accidental sino voluntario, simbólico, hasta convertirse casi en sacramento. En sus obras José Molina plasma al hombre exaltando su comportamiento y lo hace recordando siempre que ese comportamiento viene dictado por una libre elección; pero a menudo esa elección José no la comparte o, al menos, la vive como peligrosa para la humanidad misma, en este sentido, el artista vive el misterio y el absurdo que a menudo el hombre se permite. Libertad y perversidad en la elección del hombre son dos elementos que muchas obras de José expresan en una excepcional síntesis simbólica. Cada obra es, por lo tanto, un sacramento al hombre, un don que él le hace, un cáliz, a veces dulce, a veces amargo, que José es el primero en beber y cínicamente nos hace beber. Las horas que estoy con José hablando del hombre pasan siempre veloces; no consigo nunca, yo que soy también un poco gnóstico, hacerlo salir del hombre y de los "líos" que arma.

No consigo nunca, aunque lo intento insistentemente, que asuma al menos una vez: "es así", "así es la vida". Para José, "es así" no es una respuesta, por eso, como un niño que busca la verdad no deja nunca de replicar y repite como en un mantra: "¿(pero) por qué?". Para nosotros que amamos su pintura es una suerte, ya que cada uno de sus porqués se convierte en una obra que él se siente obligado a crear. Una vez me dijo que él nunca es el que decide cuándo una obra está acabada, sino que es la obra misma la que autodetermina su finalización; exactamente como las preguntas: toda buena pregunta contiene en sí su respuesta, porque toda pregunta se autodetermina. Antes de conocer a José, tenía clara la idea de que el esoterismo tenía que tener un papel más elevado que el exoterismo en la cuestión del determinismo de la existencia humana; después de haber trabajado con él en estos años he tenido que redimensionar todo. Siempre que me encuentro ante una nueva obra de José Molina me veo proyectado, plasmado, sacramentado en un aspecto exotérico del hombre y ahí estoy obligado a estar, porque es ahí, José me recuerda, donde el hombre está con el hombre. Para José no es válido que un hombre libere a todos, para él todos son necesarios para liberar a todos.